

Representaciones simbólico-míticas en la relación marido-mujer en «De cuando descubrí que no todos los maridos son iguales», de Beatriz Escalante

Symbolic-mythical representations in the husband-wife relationship in «De cuando descubrí que no todos los maridos son iguales (When I discovered that not all husbands are alike)», by Beatriz Escalante

Jesús Leticia Mendoza Pérez

Universidad de Colima (México)

Resumen

El presente artículo analiza la narración breve «De cuando descubrí que no todos los maridos son iguales» de Beatriz Escalante, escritora mexicana contemporánea. El propósito es determinar las representaciones simbólico-míticas en la relación marido-mujer como formaciones del imaginario colectivo en la clase media urbana de México a fines del siglo XX. La etnoliteratura y la teoría de los símbolos fundamentan este trabajo, en el cual se encuentran los mitos de la creación y de la caída en un entorno de cambio social con respecto a la relación hombre y mujer en el ámbito matrimonial.

Palabras clave

Etnoliteratura, representaciones simbólico-míticas, relación matrimonial, México.

Abstract

This article analyzes the brief narrative story by the Mexican contemporary writer Beatriz Escalante, «De cuando descubrí que no todos los maridos son iguales (When I discovered that not all husbands are alike)». The purpose of this work is to establish the symbolic-mythical representations about the relationship between husband and wife as a part of the urban middle class collective imaginary in Mexico at the end of the 20th century. The fundamental notions of this work are based on ethnoliterature and the theory of symbols, in which are found the creation myth and the fallen myth within a changing social environment with regard to the relationship between man and woman in marriage.

Key words

Ethnoliterature, symbolic-mythical representations, marriage, Mexico.

Introducción

La literatura es una de las expresiones culturales prístinas en la historia de la humanidad. El *Gilgamesh* de la antigua Mesopotamia, el *Ramayana* y el *Mahabharata* de la India védica, el *Libro de los muertos* de la milenaria cultura egipcia y el *Antiguo Testamento* hebreo, representan la cosmovisión de los seres humanos en los albores de la civilización. La literatura fue una manera sensible e intuitiva para interpretar el entorno inescrutable por medio de símbolos y del relato de mitos. Así, el mundo se convierte en un texto de signos susceptibles de ser desentrañados, pues dice Yuri Lotman: «Los textos reales de las distintas culturas, necesitan no ya de un código determinado para descifrarlos, sino un sistema complejo que a veces tiene una organización jerárquica y a veces nace tras una conjunción mecánica de varios sistemas más sencillos» (Pérez, 2000: 234).

Si la literatura ha sido un vehículo para reflejar la condición humana durante milenios, con especial énfasis en la relación hombre y mujer como pareja desde la creación, ¿qué tipo de manifestaciones simbólico-míticas aparecen sobre esta relación en la literatura escrita por mujeres contemporáneas? ¿Esas manifestaciones son las mismas o se han transformado al paso del tiempo?

El propósito de este trabajo es analizar el cuento «De cuando descubrí que no todos los maridos son iguales» de Beatriz Escalante (2002), en su libro *Cómo ser mujer y no vivir en el infierno*, para determinar si hay representaciones simbólico-míticas en la relación de marido-mujer como formaciones del imaginario en la clase media de fines del siglo XX, qué tipo de símbolos son y si éstos logran conformar un mito y, en caso de transformaciones, cómo se expresan; para ello, este análisis se fundamenta en la etnoliteratura, la cual estudia la representación literaria dentro del marco cultural y social, en este caso, urbano mexicano y se toma una postura crítica tipológica. «La etnoliteratura permite advertir la dinámica relación entre planos temáticos y planos formales que constituyen el espacio de la tradición para adentrarse en el conocimiento de su universo simbólico» (García Peña, 2007: 20).

Se parte del supuesto de que el relato analizado, como todos aquéllos cuyo tema es la relación de pareja hombre y mujer, incardina el mito de la creación presente en todas las culturas primitivas; por tanto, el mito pervive en la actualidad, mas lo importante en este trabajo es detectar de qué manera se representa en la literatura a través de la visión de una escritora acerca de su entorno social, cómo se interrelacionan creencias, comportamientos y valores; esto es, el imaginario social al que pertenece. Por eso, de acuerdo con García Peña, los «mitos y los símbolos» en textos literarios *in situ* y textualizados representan un sustrato de memoria colec-

tiva compartida — creencias y concepciones en la práctica cultural cotidiana—, viva y plena de dialogismo oral, interacción del ser humano con su mundo y con otros seres humanos. Para Mircea Eliade, el mito no es la supervivencia de una mentalidad arcaica, sino «que ciertos aspectos y funciones del pensamiento mítico son constitutivos del ser humano» (Eliade, 2000:156).

Eleazar Meletinski señala que el mito es uno de los fenómenos centrales en la historia de la cultura y, a través de un relato, es el método de conceptualización — concepto ubicado entre la intuición y la conceptualización, no es tan intuitivo ni tan racional— sobre el entorno natural y la esencia humana. Es también el modelo primario de toda ideología. Su objetivo principal no es sólo el conocimiento general, sino: «La conservación de la armonía de lo personal, lo social y lo natural, la preservación y control del orden social y cósmico, en lo cual al mito le ayudan rituales que forman el segundo lado, realmente eficaz, del complejo único ritual-mitológico» (Meletinski, <http://www.ugr.es/mcaceres/>).

¿Cómo explicar de dónde venimos o cómo se formó el mundo en que vivimos? La ciencia astronómica da respuestas al respecto y señala que la edad de la Tierra es de cuatro mil quinientos millones de años, pero no era como la conocemos, sino ha evolucionado sin lograr su plenitud, «las circunstancias de su nacimiento presentan uno de los más fascinantes misterios aun para la ciencia» (Beiser, 1970:35). Mas las sociedades humanas de las primeras civilizaciones imaginaron un Caos de donde surgió la Creación, o sea, la separación cielo, tierra y mar. En esta perspectiva, el caos era la unidad, y la separación vino con la creación según el Génesis de la *Biblia*: «Al principio Dios creó el Cielo y la Tierra. La Tierra estaba desierta y sin nada, las tinieblas cubrían los abismos mientras el espíritu de Dios aleteaba sobre la superficie de las aguas» (Ediciones Paulinas: 3). Después, vino la creación del hombre: «Y creó Dios al hombre a su imagen. A imagen de Dios lo creó. Macho y hembra» (p. 6). Dios formó primero a Adán y lo puso en un bello jardín llamado el Edén en donde se dedicó a nombrar a todos los seres vivientes recién creados. Como estaba solo, Dios lo hizo dormir para sacarle una costilla de la cual formó una mujer y se la presentó. Adán exclamó: «Ésta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Ésta será llamada varona porque del varón ha sido tomada» (p. 10). La pareja primigenia tenía todo para vivir sin preocupaciones, hasta que la tentación por comer el fruto del árbol prohibido — el árbol del conocimiento— los hizo desobedecer, perdiendo su vida cómoda. Eva fue quien primero comió el fruto y luego convenció a su marido. En esos momentos se dieron cuenta de su desnudez y les dio vergüenza, momento en que perdieron todos sus privilegios y su unidad, porque Dios los castigó con la separación y con sufrimientos. A él: «Andarás arrastrándote, y comerás tierra todos los días de tu vida [...]

Con fatiga sacarás de ella tu alimento por todos los días de tu vida [...] Con el sudor de tu frente comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, pues de ella fuiste sacado» (p. 12); a ella: «Multiplicaré tus sufrimientos en los embarazos. Con dolor darás a luz a tus hijos, necesitarás de tu marido, y él te dominará» (p. 12). Finalmente, Dios los convierte en seres mortales: «Porque eres polvo y al polvo volverás» (p. 12).

Mito de la Creación, tanto del mundo como del ser humano, redundante en muchas culturas para explicar y dar fundamento a lo difícil de la vida, así como a la dominación masculina sobre los demás seres, incluyendo a la mujer. En el mito, por tanto, su conceptualización es simbólica, cuyo rasgo es, de acuerdo con Meletinski, una expresión concreta-sensorial y personal de la abstracción, el simbolismo, la idealización del tiempo «anterior» como edad de oro, una presuposición de que todo lo que sucede tiene sentido y racionalidad. Además, se conserva en la conciencia de las masas, en sistemas ideológicos políticos, en la fantasía poética artística. Como proceso de la creación artística, el símbolo actúa como mecanismo sugeridor de la memoria y en la recepción del texto por parte del lector, como reminiscencia (Lotman, 2003). La narración breve, como fantasía poética artística, toma a la mitología para estructurar la narración. El cuento «De cuando descubrí que no todos los maridos son iguales» de la escritora mexicana contemporánea Beatriz Escalante, explora la obsesión de una mujer, Inés, en contra de los maridos. Desde los 18 años decidió no casarse influida por las ideas feministas en boga a finales de los años sesenta y principios de los años setenta. Ella se dedicó al estudio y al trabajo. En el tiempo de la narración, treinta y siete años después, es directora de una estación de radio, tiene muchas responsabilidades y poco reposo; es el momento del encuentro con su prima Marilú, de su misma edad y a quien hacía mucho tiempo que no veía, casada desde hace más de veinte años y con cara de felicidad. Para Inés, es un fuerte impacto darse cuenta de la vida de una mujer casada, la cual no es precisamente como lo leyó o le contaron que era, pues con certeza decía: «Es tan improbable hallar un buen marido como encontrarse un albañil que no festeje el día de la Santa Cruz, ni se tome los lunes tras haberse tomado en una cantina todo su salario» (Escalante, 2002:78).

Esta expresión metafórica encierra la cosmovisión de la narradora, al mismo tiempo protagonista, en su tensión interna entre el conocimiento vicario sobre los maridos y la animadversión que le provocan. Paul Ricoeur (1998) considera que, en la metáfora, la tensión se da entre dos interpretaciones opuestas que la sostienen, pues ella no existe por sí misma sino a través de la interpretación; es necesario un giro metafórico a través del cual la expresión comienza a tener un nuevo significado.

En la narración que nos ocupa, encontramos tres símbolos muy claros, siguiendo a Paul Ricoeur cuando dice que el concepto símbolo conjunta las dimensiones lingüística y no lingüística, en las cuales el elemento lingüístico refiere a otra cosa, lo no lingüístico; cuando un elemento se repite de manera sintagmática — en el significado literal— y también paradigmática — en el significado profundo— entonces es un símbolo, pues funciona como «excedente de sentido». El símbolo es «cualquier objeto, acto, hecho, cualidad o relación que sirva como vehículo de una concepción, la concepción es el significado del símbolo» (Geertz, en García Peña, 2007:29). Estos símbolos son: Inés — narradora y protagonista— simboliza al feminismo; Marilú — la prima casada— simboliza a lo femenino; y los maridos — en abstracto— simbolizan a lo masculino. A su vez, lo feminista simboliza la resistencia a la opresión patriarcal en busca de la equidad de género; lo femenino simboliza el rol sumiso de la mujer ante lo masculino; y lo masculino, a la dominación, al poder.

El feminismo está en contra de la dominación masculina — «lo masculino»— que ha reprimido a la mujer y la ha enmarcado en el rol de «lo femenino»: «El movimiento feminista [...] es un desafío a las estructuras sociales e ideológicas que están involucradas en la dominación masculina» (Gutiérrez, 2006:156).

Dominación constituida como sistema social e ideológico desde las primeras civilizaciones y a través de varias instancias, reproducidas generación tras generación. Bourdieu señala que son varios los agentes institucionales encargados de asegurar la dominación masculina: la familia, la iglesia, la escuela y el estado; «forma de dominio que se inscribe en la totalidad del orden social y opera en la oscuridad de los cuerpos, a un tiempo bazas y principios de su eficacia» (Bourdieu, 2007:103).

Por tanto, lo masculino significa el poder y ser «hombre» quiere decir ser rudo, agresivo y dominador. Decía Virginia Woolf que: «La vida masculina [es] sin ataduras. Deliberada, compuesta, despreciativa e indiferente hacia lo femenino» (Castellanos, 1984:124). Indiferente, porque en la psique humana está inserta la dicotomía del hombre dominador y la mujer dominada con base en el sexo, o sea, lo biológico: «El discurso biológico sobre la diferenciación de la identidad de género lleva consigo mismo la justificación ideológica de la desigualdad entre hombres y mujeres» (Gutiérrez, 2006:156). Esto depende de cada grupo social, formado por sujetos con identidad propia lo que hace a cada uno ser lo que es y diferente a los demás, pero los otros deben reconocerlo. En este sentido, la identidad femenina o masculina se considera con base en el sexo, desde la antigüedad; sin embargo, para Bourdieu (2007): «Los sexos no son meros 'roles' que pueden

interpretarse a capricho» (p. 127). Sexo y género no son sinónimos, difieren en: el primero es biológico; el segundo, el modo de comportarse como mujer o como hombre, según cada sociedad, clase social, cultura o grupo étnico de que se trate (Taborga).

«Lo femenino» simboliza el rol social de la mujer con base en el sexo, pues ser «mujer» ha significado dedicarse al trabajo doméstico, ser obediente, limpia, bien educada, obedecer al marido, procrear hijos, etcétera. Virginia Woolf expresaba:

Mi querida, eres una mujer. Sé comprensiva, sé tierna. Halaga, engaña, usa todos los artificios, todas las argucias de tu sexo. No permitas a nadie adivinar que tienes una idea tuya. Y sobre todo, sé pura (Castellanos, 1984:129).

Rosario Castellanos (Vergara, 2007) criticaba a la sociedad por colocar a la mujer al nivel de un objeto, con mucha paciencia y falta de imaginación, pues la requiere para ser exhibida si es rica, o para las tareas domésticas y la maternidad, si es pobre. Su obligación es cumplir con los requerimientos masculinos cuando él así lo necesite y ser receptora de las culpas por las acciones de su marido: si es infiel, ella es la culpable porque no lo supo retener o lo que no tiene en casa lo busca fuera, que al fin y al cabo la de los derechos es la casada y no las otras mujeres...

En la narración del cuento motivo de este análisis, sólo se escucha la voz de la narradora; por su voz y en la forma de su propia negación, describe a la prima. Ambas conforman un símbolo roto, un símbolo de reconocimiento, pues cada una de ellas es la parte de la otra, «la dimensión simbólica evoca, no re-presenta, es integrante y asociativa. La re-presentación simbólica no admite verificación alguna» (Geertz, en García Peña, 2007:27). Sin embargo, el reconocimiento se da, algunas veces, de manera explícita; en otras, es implícita como negaciones de la narradora: «Se ve artificial, porque yo no me pinto el cabello, ni me maquillo, ni me la paso en la gimnasia. Se ve relajada, porque no tiene un trabajo importante. Se ve bronceada: es obvio que lleva una vida vacía» (Escalante, 2002:79).

El punto de unión o desunión, según como se mire, se da en la metáfora de raíz: «hace del cuerpo femenino una sonaja sexual» (Escalante, 2002:77). Una metáfora de raíz es aquella en donde confluyen varias metáforas atraídas en su dinamismo para poder evocar a toda la red, de acuerdo con Paul Ricoeur.

El cuerpo como sonaja sexual representa todas las características de «lo femenino» atractivas para los hombres en búsqueda de una mujer. Pero Inés no quiere atraer a ningún hombre, porque en su temprana juventud oyó historias en contra de los maridos y se adhirió a la ideología feminista que toma auge en aquel entonces:

Orgullosamente pertenezco a la generación que inició el feminismo en México. Soy una de las lectoras de la primera edición del libro de Rosario Castellanos *Mujer que sabe latín no tiene marido ni tiene buen fin* (Escalante, 2002: 77).

El simbolismo oculto en las líneas de las obras literarias pueden influir de manera decisiva en algunos lectores, como pasó a Don Quijote: «él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro [sic] de manera que vino a perder el juicio» (Cervantes, 2005:29-30). Inés no perdió el juicio, pero las lecturas motivaron en ella un gran encono hacia los maridos, o sea, por los hombres, al representar un peligro para los derechos recién adquiridos por las mujeres; además, estaba en contra del sometimiento sexual que ha padecido la mujer. El ritual de su iniciación al feminismo fue a los 18 años de edad: «Asistí a la quema de brasieres y milité en el odio a los tacones, las minifaldas» (Escalante, 2002:77) y desde entonces cubre su cuerpo con hipil (también conocido como huipil) y rebozos, así como pantalones de mezclilla. En la mitología griega, aparece el relato muy antiguo sobre un pueblo en donde las mujeres «amazonas» eran guerreras, no tenían hombres y, para tener descendencia, periódicamente hacían traer hombres de otras razas; si el fruto de estas uniones era mujer la conservaban, si era hombre lo mataban (Garibay, 1989:35).

El cuerpo como sonaja sexual está ligado a Afrodita — la diosa griega del amor o Venus en el panteón romano— cautivadora por su belleza. Marilú, su prima, a los 55 años como ella, hace gala de su feminidad: joven, bella aunque artificial, relajada y dichosa; estas cualidades como contraparte a la imagen que Inés tiene de ella misma: está cansada, ya no es joven, ni bella o feliz.

Además, para la narradora, su prima es un traidora por ser femenina y haberse casado, pues los maridos abusan de sus peculiaridades masculinas: son fuertes, violentos, abandonadores, borrachos, explotadores y dominantes. Los maridos son el símbolo de «lo masculino», se creen la representación divina de Zeus (griego) o Júpiter (romano), el cielo como principio de vida como lo veían los grupos primitivos, la fuente de vida porque da el fuego pero también la destrucción (Garibay, 1989:5). «La vida me ha mostrado escenas de violencia masculina; he escuchado numerosas historias que confirman mi acertada manera de pensar. Sé que los hombres son malditos, infieles, borrachos y abandonadores» (Escalante, 2002:78), dice Inés.

Inés por eso no se casó, porque supo de los maridos de manera teórica, nunca hubo un marido cercano, ni siquiera en su casa porque tuvo madre soltera. Ella no conoció de un padre protector: «El papel de protector del grupo familiar

viene a sublimarse y racionalizarse más o menos fuertemente en el arquetipo del monarca paternal y dominador» (Durand, 2004 :143); por eso, prefirió no estar cerca de un monarca dominador cotidiano.

Además de la metáfora biológica sobre el cuerpo, en el relato se refleja la clase social y las ideologías, también en contraposición: Inés es intelectual partidaria del marxismo, contraria al imperialismo yanqui: «(También le he hecho la guerra al imperialismo yanqui. Yo me pongo pantalones de mezclilla por su simbolismo obrero, no porque estén de moda.)» (Escalante, 2002:77); por consiguiente, Marilú y su marido pertenecen a la clase burguesa, sin ser ricos. La convicción más fuerte de Inés — el feminismo— es contra el dominio masculino: «Ésta es mi certeza, mi tabla de valores; pienso que debería ser el credo de todas las mujeres. Pero hasta qué punto la ideología dominante machista daña el cerebro e impide ver lo obvio» (p. 78).

Aquello obvio para Inés le ha dado estabilidad económica y, sobre todo, libertad para dirigir su vida a su manera, sin sentir necesidad de un marido porque los maridos someten a las mujeres; éstas deben ser abnegadas, sumisas y dependientes en lo mental, social y económico. Por eso, Inés ha logrado elevarse al nivel de los hombres: no los necesita. Es el camino para reconquistar el lugar perdido de la mujer cuando compartía por igual el Paraíso, es un símbolo ascensional: «Todos los símbolos ascensionales aparecen marcados por la preocupación de la reconquista de una potencia perdida, de un tono degradado por la caída» (Durand, 2004:150). Sin embargo, cuando encuentra a Marilú, su mundo comienza a derrumbarse, a sentir angustia, a darse cuenta que «quizá» tomó el camino equivocado. Su prima refleja el *otro yo* que ella no fue:

Se ve feliz; a leguas se nota que no tiene expectativas. Le pregunté que en qué trabajaba y dijo que no lo había hecho durante los casi treinta años que llevábamos sin vernos, porque tenía marido; y que impulsada por ese mismo marido había estudiado la preparatoria abierta al mismo tiempo que sus propias hijas (Escalante, 2002:79).

Inés considera que una mujer, al momento de casarse, se convierte en menor de edad, pierde toda expectativa en la vida diferente a su hogar, se dedica a tener hijos, cuidarlos, protegerlos, educarlos, pero no a trabajar fuera y menos, salir a estudiar ni a llevar una vida intelectual ni académica. Características de la mujer tradicional mexicana, al estilo de *La perfecta casada* de Fray Luis de León, imagen persistente en el imaginario colectivo todavía de mediados del siglo XX; por eso, Inés queda atónita con la plática sostenida con su prima Marilú.

Le dije que — puesto que ella no tenía planes de trabajar— de seguro estudiaba para huir de la fastidiosa rutina de su vida diaria, de las repetitivas e improductivas tareas domésticas. Dijo que no. Que su marido y ella no son ricos, pero que ella no sabe lo que es lavar un plato porque siempre ha tenido cocinera y muchas máquinas electrodomésticas. Entonces le pregunté que si no le parecía humillante tener que extender la mano — como un mendigo— para pedirle a su esposo dinero hasta para unas medias, y contestó que nunca lo ha hecho porque ella siempre ha tenido chequera y tarjetas de crédito (Escalante, 2002:79-80).

En ese instante, Inés toma conciencia de su vida sola, sin alguien que la ame, la proteja, le dé compañía o apoyo, pero también a quién amar, proteger, dar compañía y apoyo; de trabajo sin reposo y lleno de preocupaciones, siempre agobiada por problemas ajenos. ¿Realmente los hombres contemporáneos no son como sus antepasados? ¿Todos han cambiado o sólo algunos? ¿Cómo es posible que existan hombres que no aprovechen su condición masculina para dominar y sojuzgar a sus mujeres por el hecho de depender económicamente de ellos? Porque proporcionarles chequera y tarjeta de crédito significa prolongar su dependencia.

Elazar Meletinski considera que en la literatura del siglo XX se presentan los mitos al revés. Ya no son los mitos tradicionales en donde el héroe pasa por pruebas casi insolubles, pero quien siempre sale adelante. En cambio, los personajes míticos contemporáneos caen en la desesperación y la angustia porque no logran superar sus miedos y creencias: es un anti-mito. Éste se transforma en expresión de la enajenación social y la soledad del individuo, contradiciendo la función principal del mito que consiste en organizar y armonizar a una comunidad con su entorno, con el Cosmos.

En el relato analizado, las creencias y representaciones plasmadas remiten al mito más antiguo: el de la Creación del mundo y de la pareja primigenia. Ésta, vivió en el Edén como la pareja ideal, símbolo de la unión amorosa del hombre y la mujer; también simboliza la unión del pueblo con su Dios, Cristo con su Iglesia, el alma con su Dios. Otro de sus significados, al estilo jungiano, es la conciliación de lo inconsciente — principio femenino— , con el espíritu — principio masculino— según Chevalier (2003) en su *Diccionario de los símbolos*. Es la unión de dos seres en uno.

El comportamiento de desobediencia llevó a Adán y a Eva a la caída, a su expulsión de ese jardín en donde gozaban de una vida sin igual. Ahí vino su separación y la desdicha de ambos, aunque el hombre ocupó la supremacía sobre los demás seres del mundo y de la mujer. Principio masculino domina al principio femenino, mas en lo profundo de la mujer está la experiencia de formar la unidad con el hombre al mismo nivel. Lo añora y se sabe con las mismas capacidades en cuanto a su inteligencia, voluntad y sensibilidad.

Este relato integra, de manera ascendente, las representaciones de las características que tiene la mujer en cuanto a lo biológico, formando una metáfora de raíz: «el cuerpo como sonaja sexual»; ésta a su vez hacia los conceptos simbólicos, en este caso de Marilú e Inés, como las dos mitades del principio femenino separadas en cierto momento, en donde una se adaptó al dominio masculino y la otra se rebeló: una simboliza «lo femenino» y la otra «el feminismo»; pero ambas dentro del mito de la caída y, por tanto, también del mito del poder, en donde el hombre — el principio masculino— ocupa la preponderancia.

Lo antes expuesto es atemporal, puede haber sucedido en cualquier época; sin embargo, la narración «De cuando descubrí que no todos los maridos son iguales» representa un cambio en la forma de vida en México a fines del siglo XX, y principalmente en las ciudades. Permanecen los mitos en el imaginario colectivo, pero el pensamiento y las relaciones de pareja en el matrimonio han variado en algunos sectores de la sociedad. Existen maridos que apoyan a sus mujeres para realizarse intelectual y profesionalmente, sus relaciones son más equitativas y ambos, aunque trabajen, se ocupan de los hijos. Todo proceso social tiene un inicio y éste es el comienzo alentador de una transformación más general en la vida de los mexicanos con base en el respeto, la equidad y el amor. Estadísticas recientes en México sobre el matrimonio por el Instituto Nacional de Estadística (INEGI— febrero de 2009), lo señalan como una institución social aún sólida: aproximadamente 600 mil matrimonios se realizaron en el año 2007 y 78 mil se divorciaron. Adán y Eva eran la unidad, concepto de pareja ideal conservado en la profundidad del inconsciente colectivo, como dijera Rosario Castellanos: «Éramos el abrazo de amor en que se unían / el cielo con la tierra. / No, no estábamos solos» (Vergara, 2008:19).

Rosario Castellanos y su obra *Mujer que sabe latín...* marcan un antes y un después. El antes significa el desnudo y el valor de muchas mujeres desde diversos campos — como el literario, el artístico, el político, el económico— para evidenciar la situación desigual bajo el dominio masculino; primero, se buscaba el estatus de ciudadanía — finalmente obtenido en México en 1953 con el derecho al voto y,

segundo, la equidad de géneros. El después, significa la realización paulatina de estos anhelos. La obra de Beatriz Escalante «De cuando descubrí que no todos los maridos son iguales» representa la materialización, aunque limitada y en las sociales, de la igualdad entre hombre y mujer en el ámbito matrimonial como células difusoras en la consecución de la equidad entre los géneros.●

Recepción: Junio 6 de 2009

Aceptación: Septiembre 14 de 2009

Jesús Leticia Mendoza Pérez

Correo electrónico: jletimen@hotmail.com

Mexicana. Doctora en ciencias sociales por la Universidad de Colima (Premio «Peña Colorada» 2009). Maestra en historia de México por el Centro Universitario de Integración Humanística, A.C. en el Estado de México. Profesora adscrita a la Facultad de Letras y Comunicación de la Universidad de Colima. Sus líneas de investigación son: teoría y crítica literaria.

Bibliografía

- Beiser, A. (1970). *The Earth*, New York: Time-Life.
- Bourdieu, P. (2007). *La dominación masculina* (5a. ed.). Joaquín Jordá, trad. Barcelona: Anagrama.
- Castellanos, Rosario (1984). *Juicios Sumarios II*. México: FCE (Biblioteca Joven).
- Cervantes Saavedra, M. (de) (2005). *Don Quijote de la Mancha* (Edición del IV Centenario). México: Real Academia Española, Asociación de Academias de la Lengua Española.
- Chevalier, J. y Gheerbrant, A. (2003). *Diccionario de los símbolos* (7^o. ed.). España: Herder.
- Durand, Gilbert (2004). «Los símbolos ascensionales» en: *Las estructuras antropológicas del imaginario*. México: FCE.
- Ediciones Paulinas. (s/f). «Génesis». *La Biblia, traducida, presentada y comentada para las comunidades cristianas de Latinoamérica y para los que buscan a Dios*. El Vaticano: Verbo Divino, 3-66.

- Eliade, Mircea (2000). «Pervivencias del mito y mitos enmascarados», en: *Aspectos del mito*. Barcelona: Paidós, 141-163.
- Escalante, Beatriz (2002). «De cuando descubrí que no todos los maridos son iguales», en: *Cómo ser mujer y no vivir en el infierno*. México: Nueva Imagen, 77-80.
- García Peña, L. L. (2007). *Etnoliteratura. Principios teóricos para el análisis antropológico del imaginario simbólico-mítico*. México: Universidad de Colima.
- Garibay K., A. (1989). *Mitología griega. Dioses y héroes*. México: Porrúa (Sepan Cuantos... 31).
- Gutiérrez, S. (2008) «Género y masculinidad: relaciones y prácticas culturales». *Revista Ciencias Sociales*, (111/112), 155-175. Obtenido en la Red Mundial el 7 de marzo de 2008: <http://web.ebscohost.com/ehost/pdf?>
- Lotman, Luri (2003). «El símbolo en el sistema de la cultura». M. Cáceres. *Entretextos. Revista electrónica semestral de Estudios Semióticos de la Cultura* (2), 1-16. Obtenida en la Red Mundial el 8 de febrero de 2009: <http://www.ugr.es/mcaceres/Entretextos/entre2/escritos4o.htm>
- Meletinski, E. «El mito y el siglo veinte». *Escritos*, núm. 8. Obtenido en la Red Mundial el 8 de febrero de 2009: <http://www.ugr.es/mcaceres/entretextos/entre8/neKliudov.html>
- Pérez, H. (2000). «La Escuela de Tartu». *En pos del signo. Introducción o la semiótica* (2º ed.). México: El Colegio de Michoacán, 232-246.
- Ricoeur, Paul (1998). «La metáfora y el símbolo». *Teoría de la Interpretación. Discurso y excedente de sentidos* (2º ed.). México: Siglo XXI, 58-82.
- Taborga (s.f.). *Construyendo la equidad: Conceptos básicos para el análisis con perspectiva de género* (Serie Cuadernos de Trabajo). Bolivia: UNFPA-SNE-UNESCO.
- Vergara Mendoza, G. I. (2007). «Mujer de palabras. Las contradicciones identitarias en la visión poética de Rosario Castellanos». En: *Identidad y memoria en las poetisas mexicanas del siglo XX*. México: Universidad Iberoamericana, 49-66.
- Vergara Mendoza, G. I. (2008). «La condición humana en cuatro poetisas mexicanas del siglo XX.» L. Becerra (Coord.). México: Universidad Iberoamericana, 13-28.